

Sergio Espinosa Proa, *Bataille. De un sol sombrío*. Universidad Autónoma de Guanajuato. Primera edición, 2017.

EMILIANO MENDOZA SOLÍS

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Es un lugar común reconocer que los escritos de George Bataille emergen como elementos inclasificables. Esto menos porque el escritor francés haya cultivado diversos géneros literarios, o porque haya hecho aportaciones relevantes en diversas disciplinas teóricas, sino porque es un autor que ha problematizado, de manera metódica, la frontera misma que separa las disciplinas teóricas y los géneros literarios, logrando transgredir la frontera que separa el saber objetivo y la experiencia subjetiva. Con ello, Bataille no ha hecho sino revelar la potencia de un pensamiento que deslumbra a sus lectores como –usando la bella imagen de Sergio Espinosa– un sol sombrío, pues el pensamiento (lo que se ha denominado “experiencia interior”) es un esfuerzo por ir más allá de todo saber especializado y de todo interés limitado, poniendo en cuestión no sólo los prejuicios que dirigen la propia razón sino también los temores y deseos que misteriosamente gobiernan la propia vida. Y este gesto nace sin la pretensión de llegar a un resultado tranquilizador, a una iluminación definitiva o un saber absoluto y universal; mucho menos a una salvación o perfección del espíritu, como han pretendido desde su origen la religión, algunas filosofías y la ciencia, sino con el riesgo soberano de no llegar a resultado alguno, de no encontrar reposo seguro, de avanzar siempre a tientas, de perderse a sí mismo en el fulgor del éxtasis y en la noche del no-saber.

Para Bataille el conocimiento es en sí mismo un trabajo, una actividad servil, interesada, subordinada a fines o resultados prácticos, sometida al primado del futuro, regida por el principio de la utilidad. Todo saber está al servicio de la acción, es un *saber hacer*. En cambio, el

pensamiento libre, el pensamiento *soberano* renuncia a todo resultado práctico, a todo saber eficaz; no está asociado a las actividades útiles sino a las experiencias extremas de alegría y de dolor, de amor y de muerte, tal como se manifiestan en esas dos grandes formas de silencio que son la risa y las lágrimas; un pensamiento así conduce casi necesariamente a un *no-saber* en tanto su objeto se resuelve en *nada*.

La propia escritura de Bataille revela su carácter de soberanía. En general, la escritura ha sido una forma de trabajo, una actividad productiva que utiliza el lenguaje como herramienta y que subordina el presente al futuro para obtener como resultado un beneficio; funciona como cualquier otra empresa especializada: responde a un proyecto previamente trazado o calculado y persiste hasta alcanzar su objetivo. En este sentido, se presenta como instrumento de comunicación racional, funcional, útil, que se somete a reglas fijadas de antemano y que sirve a un fin determinado. Este tipo de instrumentalización del oficio de escribir es, quizá, a los ojos de la *Aufklärung*, uno de los mayores logros de la razón, con el cual la propia Ilustración se consume y se consume a sí misma.

Pero la escritura es también juego, actividad desinteresada e inútil que tiene fin en sí misma; no subordinada a proyecto alguno. El escritor queda desnudo en su actividad, pone en juego la integridad de su ser, confesando no sólo las incertidumbres de su pensamiento sino también los temblores de su corazón, hasta el extremo del silencio, la risa y las lágrimas. Este es otro tipo de escritura, denominada poética o literaria, que hace posible una forma de comunicación mucho más profunda e íntima. Al igual que el amor y la fiesta, la escritura literaria no tiene otro fin que romper el aislamiento cotidiano de los seres y ponerlos en comunicación. Que la escritura es algo que está entre la actividad productiva y el juego, es algo que Sergio Espinosa asume desde el primer momento en su libro. En el Preámbulo el autor deja una advertencia al lector: “Encontrar el tono apropiado en absoluto es pan comido. Es fecha, y a las pruebas me remito, que no lo he conseguido. Uno vacila entre la academia y el desmadre. Y la aplicación del sentido del humor

a estas temáticas –hablar de la naturaleza del pecado, la trasgresión, el vicio y la caída– es a un tiempo obligatorio y desconfiable” (p. 9). Esto sucede cuando se *lee en serio* a un autor del talante de Bataille. Sus escritos se mueven en una tierra de nadie, entre la filosofía y la literatura, entre el saber y el no-saber, entre el trabajo y la fiesta, entre la razón y el deseo. Entre la academia y el desmadre. Deliberadamente Bataille *pone* y *se pone* en juego. Pone en juego a un tiempo su vida y su pensamiento, sus afectos y sus conceptos. Pone en juego a sus lectores. De ahí que su escritura sea rigurosa y apasionada, implacable e imprevisible. En ella, los conceptos se desvían de la órbita de sus respectivos dominios teóricos y comienzan a colisionar, haciendo posibles conexiones extraordinarias.

Con esto no hemos querido decir que Bataille y sus más agudos estudiosos, como es el caso de Sergio Espinosa, pretendan “iluminar al lector”, como el maestro ilumina o enseña al discípulo, sino más bien confundirlo, conmoverlo, comprometerlo, arrancarlo de su aislada seguridad, hacer comunidad con él. Porque sólo los seres que se ponen en juego pueden comunicarse entre sí. Por eso el Bataille escrutado por Espinosa pretende que el lector se ponga en juego, que se sienta igualmente afectado, interpelado, arrastrado en lo más íntimo de su ser por ese movimiento donde el escritor no es más que *medium*. Pensar bajo estas condiciones es sin duda como lo observa Sergio Espinosa “hundirse en la condición de extranjería” en la que vive cada ser humano en el mundo. Esta experiencia de lejanía no es el fruto de la pura curiosidad, no es un *experimento*:

Un escritor escribe no para saber muchas cosas, o porque las sabe ya y se siente en el deber de decirlas; escribe, si por ventura escribe, a partir del *miedo*. ¿Miedo a qué? A lo que se pone en juego *en la totalidad del pensamiento*. Dígase así: el punto de arribo del pensamiento no es lo verdadero. Por el contrario, la verdad constituye el momento en que, por comodidad, por desesperación, por fatiga, se interrumpe el desmadejarse, el desperdigarse del pensamiento. Allí donde el pensamiento se detiene, exhausto o fastidiado, aparece una verdad. Sólo el miedo abre el pensamiento a lo ilimitado, al espacio de lo posible... el miedo es miedo a que en el fondo no guarde –ni aguante– ninguna verdad, es decir ningún dios (p. 107).

No hay fundamento último posible. Por eso los conceptos (de muerte, de soberanía, de historia, de animal, por mencionar algunos relevantes en el pensamiento de Bataille), guardan, como todo los conceptos, eso que un autor como Jacques Derrida percibe como un “peso de impensado”. Pero, al mismo tiempo, a la vez por razones de estrategia y porque las condiciones de jerarquización implican todas las tensiones, contradicciones o aporías que la filosofía intenta formalizar, el concepto debe contener todas las tensiones que hacen de él un movimiento transgresivo o de contención. La presuposición de este impensado conceptual puede adoptar, asimismo, las figuras de infinitas *represiones* y *supresiones*, aun si no se reduce a ellas necesariamente. Y ello deja sin duda una impronta. Por eso podemos leer lo nunca escrito, lo nunca dicho como algo impreso en la lengua y en el discurso. Algo que escapa a toda intención. El peso de impensado que así se imprime, no pesa solamente como una carga negativa, pueden implicar la historia del concepto, el deseo y la apertura a lo que viene, en resumen: pone en juego todo lo que vincula el saber con el no-saber.

Sergio Espinosa hace énfasis en su texto sobre la gran dificultad, la dificultad casi aporética que supone hablar de Bataille, escribir sobre él. Advertimos en el título de su libro una de las pocas alusiones directas al nombre del autor que hace congregar las reflexiones y los conceptos. Sergio Espinosa suele recordar que uno de los lectores más escrupulosos del pensamiento batailleano en México, como lo es Ignacio Díaz de la Serna, suprimió cualquier alusión al autor durante largo tiempo. Esto porque *la única forma de ser fiel a un pensador es no diciendo gran cosa de su obra a riesgo de empequeñecerla o distorsionarla. Con Bataille este riesgo amenaza de un modo paralizante...* Ante esto quizá la clave para salir y hacer transitable la aporía de la imposibilidad batailliana no es otra sino la de dejar de hablar de ese autor ahora innombrable... y ponernos a leer. Sergio Espinosa es sin duda un lúcido escritor que también sabe abrir el juego para comenzar a leer a estos autores nocturnos e innombrables, y quizá el gesto más transgresivo, frente a todo lo que se pueda y no se pueda decir tras la lectura de su libro, consiste sobriamente en invitar a leer *Bataille. De un sol sombrío*.

